



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10425

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 5 DE AGOSTO DE 1896.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PAPEL DEL ESTADO

OPERACIONES AL CONTADO Y A FECHA
COMPRAS Y VENTAS
DE TODA CLASE DE VALORES
cotizables en las Bolsas
DE MADRID, PARIS Y LONDRES
CAMILO PEREZ LURBE
12 CASTELLINI, 12

Véase anuncio MODA Y ARTE en la tercera plana.

MICROSCÓPICAS

Pobre y todo como es el programa de festejos, ha tenido una nota brillante, alegre, delicada, llena de color y de vida.

El pabellón municipal de la feria, mirado con respeto por los niños, porque lo ven siempre ocupado por concejales ó dependientes de la Alcaldía, personas seriotas y hasta imponentes, fijó ayer las miradas de la turba infantil y a poco más lo toman por asalto sin miedo a los padres graves del municipio ni al elemento armado que defendía la entrada.

Es verdad que el pabellón había perdido ayer su aspecto serio, quedando convertido, por obra y gracia de la comisión de ferias, en almacén de juguetes, que encantaban la vista de los chicos y los atraían con fuerza irresistible.

Sobre un diván se levantaba una pila de trompetas de todos tamaños, reclinadas las unas, encorvadas las otras; en el de enfrente se amontonaban los sables junto á las escopetas y los tambores, formando barricada, tras de la cual aparecían clasificados coches, muebles, muñecas, caballos, en fin un ejército de pintados juguetes que desojaban con el brillo de sus colores al ejército de pequeñuelos que esperaban á plé firme el momento de dar el avance.

¡Cuánta impaciencia en aquellos

ojos! ¡Qué de nerviosidades en las manitas que se levantaban para señalar el juguete preferido!

Y qué acometida tan formidable cuando sonó la hora de repartir. El pueblo de París amolinado no embistió con entusiasmo tan grande la bastilla.

La guardia municipal quiso impedir la invasión; pero en varias ocasiones fue arrollada, y á pesar del vozarrón del jefe, que imponía orden, el ejército liliputiense se hizo dueño de la escatifiata y del depósito de bombas, y sólo volvió la cara y se fue alejando, cuando los señores de la comisión le fueron entregando los caballos, los sables, los tambores, los coches, los muebles, las muñecas, todo en fin lo que se les tenía ofrecido.

Una hora después, cada uno de los invasores paseaba en triunfo por la ciudad, como preciado trofeo, el juguete que le había tocado a cambio de la papeleta.

Algunos bobalicónes tuvieron la debilidad de conmoverse profundamente al escuchar la algarabía de los que con cara placentera y llevando en los labios la sonrisa del triunfo se apoderaban del juguete municipal; pero ese es un detalle insignificante, el que menos vale de la fiesta de ayer, que es la más hermosa que ha podido escoger la comisión de ferias. Con ella ha adquirido el Ayuntamiento la grandísima popularidad entre la gente menuda.

¡Y cualquiera se atreve á sostener hoy frente á los pequeñuelos y sus madres la tesis de que es mala la corporación municipal!

Le dan una silba que lo vuelven loco.

¡Malo un Ayuntamiento que reparte juguetes!

RAUL

CRÓNICA MADRILEÑA

Sumario: Herencia sagrada.—Hermo-

sa herencia.—Lo que somos y lo que hacemos.—Los botijos.—Fiesta zapateril.—Notas teatrales.

En los pliegues del aire, que es nuestra vida, vendrán ayes de dolor, gritos demandando caridad, interjecciones hijas de la desesperación, recordándonos hermanos que enfren, que perecen de hambre, que son víctimas de crueles epidemias y odiosa lucha, y hasta veremos cernirse sobre nuestras cabezas, amenazador y sañudo, al infernal genio de la guerra, y sin embargo, continuaremos siendo los mismos; continuaremos con templando con estoica serenidad, con alientos espartanos tanta desolación y tantos infortunios, sin que consigamos interrumpir por un momento nuestra habitual marcha, sin que dejemos de ir en pos de aquélla que proporciona gozos y alegrías para dar lugar al abatimiento y á la desesperación.

Pasarán años, se sucederán generaciones y en el libro de los tiempos las edades dejarán huellas de su existencia, y el pueblo español será el que preferirá destruirse á ser botín de guerra; será el que en derruidos muros y entre descarga y descarga de armas mohosas entonaba patrióticas canciones, y el que coreaba los estampidos de las bombas enemigas con canciones sarcásticas y burlescas.

Sostenemos una guerra más terrible y costosa de lo que parece; una guerra que si seremos vencedores no podrá negársenos que el vencido no nos resarcirá de lo gastado y de las pérdidas originadas; una guerra á la que ya hemos enviado ciento treinta mil hombres y estamos disponiendo cuarenta mil más para enviarlos dentro de breves días, y, sin embargo, hoy no pensamos más que en fiestas, en parecer un pueblo colmado de felicidades y libre de desgracias y aflicciones.

España está hoy hecha un acua de oro; en las poblaciones importantes y en las más humildes, succedense las fiestas, y á ellas concurremos ansiosos de diversiones, de sensaciones dulces que hacen olvidar los más tristes recuerdos, sin que por esto pueda decirse buscamos en ellas el aturdimiento que aleja de los mayos, cual miserables cobardes que en el boho de los festines ven la esponja que borra aquello que es una obsesión del espíritu.

No puede alimentarse tal creencia,

porque así es nuestro carácter, nuestro natural; más viril cuanto más combatido; más animoso cuanto más desdichado; más valeroso cuanto más superior es el enemigo con que se lucha.

Tampoco podrá culpárenos de haber caído en el indiferentísimo de ser es cépticos; por que esas enfermedades no han conseguido inocular nuestros corazones.

Tenemos bien probado que no somos un pueblo de degenerados como se creía; tenemos fé, confianza en nuestras fuerzas y completa persuasión de que nuestros espíritus nunca desfallecerán, por que en las células de nuestros cerebros vive, bulle, se agita al unísono en todas una idea, la idea que en pasadas generaciones hizo de cada hombre un héroe y de cada mujer un clarín que animaba en los combates.

Nos creían despojados de esa santa ide, y la hermosura, la grandiosidad del mentis dado, la pregoña el asombro de los en que tal concepto nos tenían.

La patria necesita de nuestros esfuerzos, y sin regateos, sin quejas, sin manifestaciones que hagan presentir con quejas ni escorzo, nuestros brazos, nuestros dineros, cuanto somos y cuanto valemos, se lo entregamos como los espartanos y polacos enviaban sus hijos á defender lo más sagrado para el ser humano.

Hay en Cuba ciento treinta mil hermanos peleando; á fin de mes irán cuarenta mil más, y en previsión de los acontecimientos se llaman á las filas los excedentes de cupo de 1895 y 1894 y se prepara un reemplazo de cien mil hombres, y ni una queja, ni una protesta, todos van donde la patria los necesita.

¿Cómo debe calificarse al pueblo que así obra?

Dejemos á la historia y á las venideras generaciones hacerlo.

Las notas alegres de la semana son dos: el segundo tren botijo á las playas de Alicante y el festival de los devotos de San Crispín y San Crispiniano.

Esos ya célebres trenes botijos son una nota colorista en que aparece el pueblo bajo, el pueblo de los mercados, de la fábrica de tabacos y de esas calles típicamente madrileñas tal como es: sus chistosas y originales ocurrencias; su ingénita y airosa desveroltura; su dis-

posición especial en la dicción y en el vestir, traza la división que le hace inconfundible con el de los barrios altos y es el color y la vida de esos cuadros que reciben sus primaveras pinceladas en la estación del Mediodía y los últimos toques á orilla del Mediterráneo.

La gente modesta y de escasos recursos es el alma de tan alegres viajes.

Y así como para ella es un señalado beneficio la economía de los billetes, para el pueblo alicantino y para la compañía M. Z. A. no lo es menos.

Un tanto deslució la fiesta los chaparrones que las nubes enviaron á la crítica hora; pero no se crea que restaron concurrencias; pues sin temor á las inclemencias del temporal, fueron al taurino circo á divertirse, ó á pasar un rato alegre: ellas con claros vestidos y envueltas en ricos patrones de espuma y con abundantes flores en la cabeza; ellos luciendo los trapillos de cristianes y cargados con abundantes viandas y botas plébricas de alegre peledón, en cargado de neutralizar los efectos de la mojadura externa.

La cabalgata se organizó en la plaza de Colón. Rompían marcha varios ginetes llevando á las ancas garbones majeros, y seguían á tan simpáticos heraldos los encargados de la jida de los becerros, preciosas jóvenes bandidas y ganaderos de guardarrropía, y un público numeroso; todos ocupando los diversos carruajes que los días de toros ruedan por la calle de Alcalá; todos alegres, contentos, sin reparar en el agua que empapaba las ropas y sin hacer caso del barro que moteaba las caras y almidonadas faldas.

Iban á divertirse y desafiaban, con ánimo de derrotarlo, á cuanto pretendiera lograr la fiesta.

De teatros, nada ó casi nada. La compañía de ópera de los Jardines prepara las maletas, y en los teatros en que impera el género chico, continúa la contradanza ó trasiego de cómicos y actores y los estrenos de enormes equivocaciones, porque ni uno solo ha dado obra de temporada.

Vico, solo Vico es el que puede cantar victoria.

Á los éxitos obtenidos con «Juan José», hay que apuntar los que le han pro-

Se quedó sorprendido al encontrar que la mayor parte de las obras que parecían por los dobles de las hojas y las notas de lápiz, las consultadas con más frecuencia, en general eran científicas, siendo la astronomía la ciencia dominante. Entonces se acordó de haber oído hablar á Maltravers con un albañil, empleado en los recientes reparos hechos en la casa, sobre la construcción de un observatorio. «Es cosa extraña, decía Cleveland, que renuncie á la literatura cuyos frutos están á su alcance para entregarse á una ciencia que demanda estudios austeros, con los cuales no se acomodará su espíritu fácilmente en su edad.

¡Ay! no sabía Cleveland que hay momentos en la vida en que los hombres de imaginación procuran dormecer y embótar esta facultad. Todavía concebía menos que si por una perversa voluntad nos negamos á emplear nuestra actividad en los intereses universales del mundo, ella se vuelve, por un capricho mórbido, hacia los canales de investigación más opuestos á su naturaleza. La colisión de los espíritus es lo que hace desubrir á cada espíritu la línea que debe seguir. Si nos hallamos entregados á nosotros mismos, nuestros lácteos llegan á hacerse unas manías intelectuales.

Algunos papeles sueltos, escritos por Maltravers, cayerónse de uno de aquéllos libros; muchos de



CAPITULO III.

Quería Cleveland enriquecer una de sus cartas con una cita del Ariosto que no recordaba bien. El poema que deseaba citar lo había visto en el pequeño gabinete de estudio, y de la biblioteca pasó á él á tomar el volumen.

Al quitar una pila de libros que se hallaba sobre el bufete, acometióle una curiosidad de literata, de ver cuales eran las lecturas favoritas de su huésped.

tiempo en tiempo, unas flececitas campestres, mezcladas con sus ejercicios, asociaban en su ánimo la idea del trabajo con la del recreo.

Y Maltravers miró sus cabañas, miró sus tierras cultivadas nuevamente, y sintió alegría diciéndose á sí mismo: «No soy enteramente inútil en este mundo.» Pero continuando en su paseo solitario, la quietud fugitiva de la aprobación, de su propia conciencia se disipó desde luego, y la nube sombría volvió á extenderse sobre su frente.

Experimentó que en el aislamiento siempre es presa el corazón de las pasiones. Iba, errante de este modo por un sendero, verde; los insectos, hijos numerosos del estío, zumbaban entre las cercas, saltando por medio de yerbas crecidas, cuando un grupo de personas le llamó la atención.

Una mujer cubierta de andrajos y de aspecto insensible en la apatía, era conducida por el inspector de la parroquia y un labrador.

—¿Qué viene á ser esto? preguntó Maltravers.

—Una pobre mujer que ha sido arrojada, herida por el cabriolé de un señor, contestó al inspector de la parroquia. Se llegó á mi casa, háblame una media hora, para decirme que se hallaba tendida en el camino y me entregó dos monedas de plata para ella. Pobre criatura! yo solo, no podía llevarla y me fué preciso ir en busca de Tom para que me ayudara.